Creer y entender

Ramón Sánchez González
Director

En un libro publicado en 1918 Juan Ramón Jiménez escribía estos versos inolvidables:

¡Inteligencia, dame
El nombre exacto de las cosas!
...Que mi palabra sea la cosa misma
Creada por mi alma nuevamente.

El poeta y premio N0bel español se dirigía, casi como a una divinidad, a la facultad intelectiva de su ser de hombre con la invocación de que le fuera concedida la gracia del hallazgo de aquellas palabras que definen la esencia de las cosas hasta el punto de identificarse con ellas. Con su ayuda el escritor aspiraba a poder construir el poema perfecto. Se hallaba entonces en una etapa de su vida en que pretendía crear un tipo de poesía sin adornos, desnuda de toda referencia sensible, puramente intelectual.

El anhelo de Juan Ramón Jiménez de identificar el nombre con la realidad de los seres tiene un recorrido muy largo en la cultura occidental. Poner un nombre a las cosas es una facultad exclusiva de los hombres en cuanto seres superiores al resto de lo creado. Es, de alguna manera, ejercer poder sobre ellas, someterlas y, al mismo tiempo, distanciarse de ellas para afirmar el propio señorío.

Estas ideas han rondado por mi mente mientras se preparaba este homenaje. A medida que se iban cumpliendo las etapas de compilación y organización de las numerosas colaboraciones, iba reflexionando sobre la necesidad de dar un título adecuado para el libro en el que iban a aparecer estos trabajos en homenaje a Ramón Gonzálvez Ruiz, anterior director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Un nuevo libro es como una criatura recién llegada a este mundo y así como a todo recién nacido pronto se piensa en imponerle un nombre, lo mismo sucede con el libro, cualquiera que sea su temática y el número de personas que puedan haber intervenido en su composición. El título de cada libro desempeña la misma función identificadora que el nombre de una

persona. Se buscan aquellas palabras que puedan dar una idea aproximada de su contenido, con la ayuda de vocablos que lo sugieran o de alguna manera lo describan. Cada autor es libre para utilizar los infinitos recursos que están en su mano, pues cada libro es algo irrepetible y único. Sin embargo, en un libro-homenaje más que el contenido, que puede ser extremadamente variado, es frecuente tener presente el perfil de la persona a la que va dedicado. En estos casos este criterio prevalece a la hora de decidirse por el título definitivo.

La elección del nombre en este segundo presupuesto implica conocer a fondo a las personas, sin quedarse en las apariencias externas por relevantes que sean, sino, por el contrario, intentando llegar al mundo, siempre más reservado, de la interioridad. La tarea no carece de dificultades, porque la vida interior pertenece a lo más íntimo de cada uno y suele estar protegida por un manto de discreción. La apertura de ese mundo personal sólo se verifica en un ambiente de amistad consolidada, nunca es inmediata y casi nunca completa. En el caso de Ramón Gonzálvez no puedo presumir de haber llegado a los más hondos niveles de comunicación personal, pero mi trato con él actuando como secretario de la Real Academia durante su mandato y las numerosas conversaciones mantenidas me han permitido mantener una línea de colaboración que ha ido más allá de lo simplemente burocrático y creo haber podido captar algunos de los rasgos esenciales de su personalidad. Después de algunas reflexiones, he optado por el título que el lector puede ver en la portada de este libro y me gustaría tener la satisfacción de haber acertado.

La preferencia de este título necesita de unas breves palabras de justificación No cabe duda de que en el perfil biográfico de Ramón Gonzálvez hay varios aspectos que son determinantes. El primero y el más importante de todos no es otro que su condición sacerdotal al servicio de la Iglesia como consecuencia de un compromiso de fe que le ha llevado a apostar por esa opción de vida. A este aspecto quiere referirse el elemento que se ha puesto en el primer lugar del título (*Creer*). El segundo aspecto quiere hacer referencia a su vertiente intelectual como profesor, como archivero, como investigador y como historiador de la Iglesia de Toledo, actividad amplia y compleja que se ha deseado encerrar bajo el segundo elemento (*Entender*).

Quiero poner de relieve que el título completo *Creer y Entender* no ha sido una elección hecha al azar, sino intencionada, pues, a imitación de Juan Ramón Jiménez, yo también me he esforzado en buscar una expresión que abarcase todas esas realidades de la manera lo más exacta posible. Ambos verbos hacen alusión a un tema de primer orden en la cultu-

ra eclesiástica y occidental, especialmente en la Edad Media europea –ámbito preferente de sus investigaciones–. Creer y Entender son las dos vías por las que el hombre puede acceder a la posesión de la verdad, sea por medio de la fe, sea por medio del entendimiento o por ambas asociadas. Recordemos los axiomas filosóficos *Creo para entender* y *Entiendo para creer*, expresiones que en última instancia tratan de dar una solución a la dialéctica entre Fe y Razón, de establecer lazos y diferencias entre la Teología y la Filosofía.

La Historia como ciencia y el oficio de historiador se prestan como pocos para ejercitarse en la búsqueda del conocimiento. El historiador se mueve en los mundos de los documentos escritos, arqueológicos y artísticos, tres tipos de huellas legadas por los hombres que han pasado por el mundo antes de nosotros. Hoy habría que añadir a esta lista el registro sonoro y el testimonio de la imagen, conservados en variados procedimientos técnicos. De ahí obtiene toda la información que necesita para construir su obra. Como el tiempo es irreversible, la recuperación del pasado no puede hacerse más que a través de los vestigios que nos han dejado quienes nos han precedido. Los documentos y los restos arqueológicos son analizados atentamente para comprobar si las noticias que en ellos se contienen merecen fe, si son dignas de crédito. Si el historiador llega a una conclusión positiva, el material válido acumulado le sirve de trama para elaborar la presentación sistemática de un asunto histórico concreto. A través del libro, del artículo o de las palabras pronunciadas en una conferencia, las conclusiones de su esfuerzo investigador llegan al lector o al oyente. Se ha fiado de la validez de sus fuentes y a su vez propone al lector u oyente el resultado de su estudio.

El historiador puede haber utilizado testimonios escritos avalados por un notario. Este hecho hace subir el valor que se atribuye al documento. Con frecuencia, se presenta desprovisto de esta garantía y el investigador se ve obligado a analizar su validez por otros caminos, asignando un nivel menor de certeza a las noticias que proporciona. En todo caso sabe que no puede llegar a aportar la evidencia, sino solo la certeza moral, porque su trabajo se basa en testimonios humanos. Toda la historia, es decir, el conocimiento de nuestro pasado se fundamenta en la fe que el historiador ha atribuido a las fuentes utilizadas. El lector de su obra la aceptará o rechazará según el grado de fe que le merezca su investigación. La inmensa mayoría de los conocimientos humanos han sido recibidos por un procedimiento vinculado al grado de confianza que nos merece la autoridad de un informante ajeno. La fe humana desempeña en la vida de los hombres un papel verdaderamente esencial en la transmisión

del conocimiento, tanto si hablamos de la relación que se establece entre profesores y alumnos, como la que se efectúa de una generación a otra. De este modo el conjunto de los saberes termina siendo una concatenación de información basada en el principio de autoridad.

Aparte de la fe humana, para los creyentes se encuentra la fe divina. Esa fe de origen divino, que no es fruto de una conclusión lógica fue descrita poéticamente por san Juan de la Cruz como solo él era capaz de hacerlo:

Este saber no sabiendo
Es de tan alto poder
Que los sabios arguyendo
Jamás le pueden vencer.
Que no llega su saber
A no entender entendiendo
Toda ciencia transcendiendo.

Como investigador Gonzálvez Ruiz ha dirigido todos sus esfuerzos en una sola dirección, al conocimiento de la historia de la Iglesia, más concretamente al estudio de la Iglesia de Toledo y aún más específicamente de su Catedral, cuyo archivo y biblioteca han estado encomendados a su custodia durante muchos años. Su labor de investigación ha sido considerable. Los temas que ha cultivado con predilección versan casi todos sobre la época medieval, tiempo en que la iglesia de Toledo tuvo un destacado protagonismo en la historia de España. Aunque centrado en la historia local, ha tocado cuestiones sustanciales de alcance superior, como son la cultura en la época de la Escuela de Traductores de Toledo, la historia de la imprenta incunable toledana, los grandes arzobispos de la antigüedad, la liturgia hispano-mozárabe, la Biblia de San Luis, las minorías religiosas y numerosos temas monográficos, como la primacía de la iglesia toledana, la formación de la Biblioteca Capitular, la personalidad del arcipreste de Hita, etc. La reciente obra sobre la Catedral, de planteamiento enciclopédico, que ha dirigido al frente de un puñado de historiadores, seguramente quedará como un referente durante mucho tiempo aunque difícilmente superará su magna aportación sobre la Biblia de San Luis.

Estoy convencido de que el entusiasmo de Ramón Gonzálvez por el estudio de temas históricos sobre la Iglesia de Toledo no es consecuencia de una pura curiosidad por amplificar sus erudiciones personales. Es, por encima de todo, el resultado de su propósito de dar a conocer la natura-

leza de la Iglesia y sus aportaciones a la comunidad de los hombres a lo largo de los siglos, tanto en el ámbito de la vida espiritual como material. En sus escritos nunca ha empleado un tono apologético, porque está convencido de que la mejor exposición de un asunto histórico se fundamenta en el compromiso con el servicio a la verdad, al lector y a su propia responsabilidad profesional.

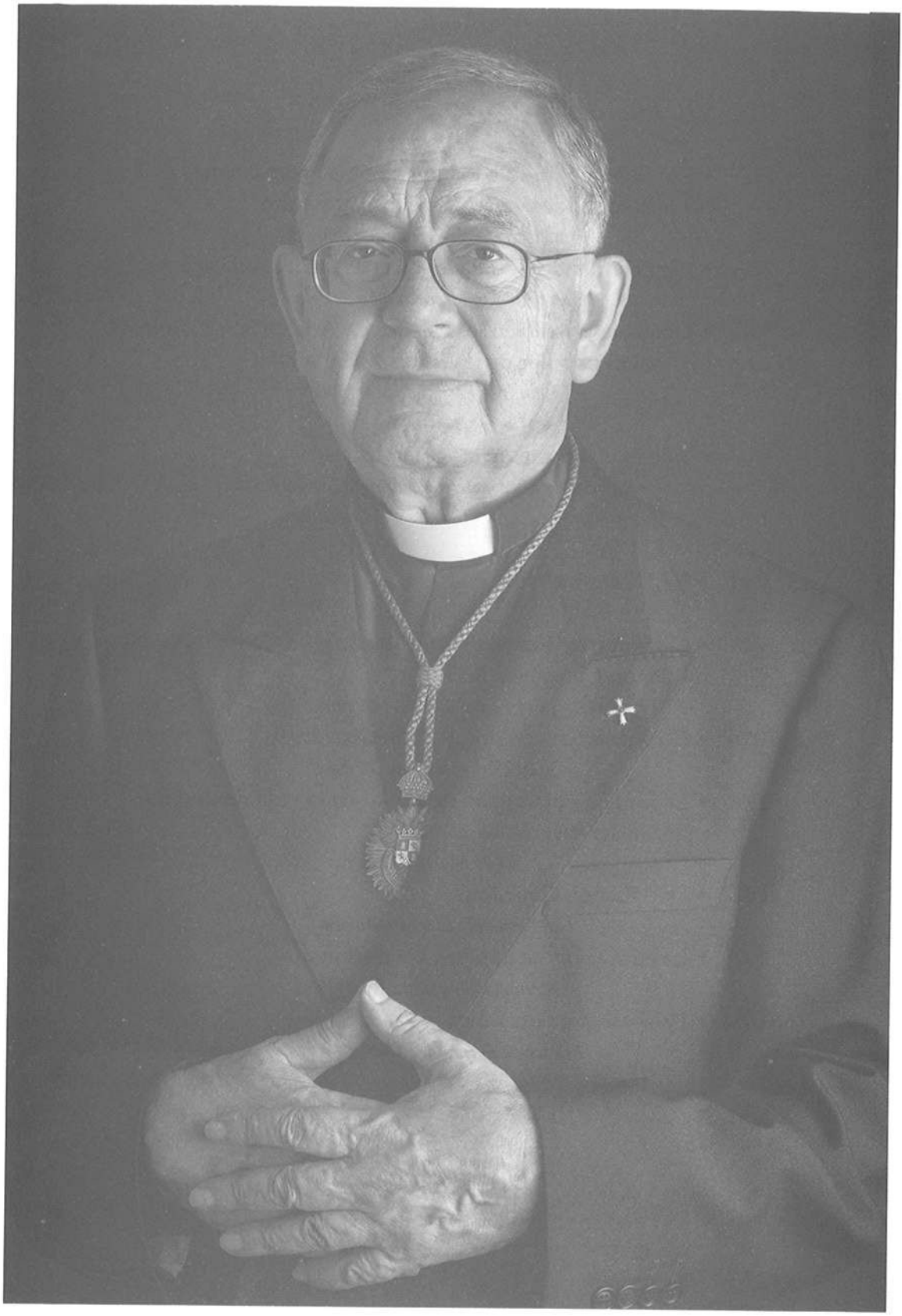
La historia de la Iglesia forma parte de la historia del género humano y, como tal, su estudio no difiere en nada de la historia general en cuanto a los métodos de trabajo empleados: se aplica la misma metodología, la misma crítica de las fuentes y se expone de un modo semejante a como se hace en cualquier monografía de temática no eclesiástica. Se trata de hechos que han sucedido en siglos pasados, de instituciones en que han vivido encuadrados muchos seres humanos y de cristianos que han dejado testimonios escritos, arqueológicos o artísticos de su paso por el mundo. Bajo esta óptica cualquier persona bien preparada científicamente está en condiciones de indagar sobre ella y somos muchos quienes nos hemos adentrado en esta apasionante línea de investigación.

Sin embargo, desentrañar el pasado de la Iglesia tiene también otra vertiente, que podemos llamar espiritual o trascendente, cuyo dinamismo no se detecta fácilmente en las fuentes documentales. Las realidades que se esconden bajo esta dimensión no se captan si no es por la vía de la fe, con lo cual la historia pasa a formar parte de las disciplinas teológicas y esta concepción queda reservada a una minoría de estudiosos.

A la luz de todo lo dicho creo sinceramente que la vida de Ramón Gonzálvez, centrada en la *Toletana Ecclesia*, ha sido un ejercicio continuado de búsqueda de la verdad de la historia, donde la virtud de la fe y el don del entendimiento han desempeñado un papel decisivo. Los resultados hay que buscarlos en sus obras. Él forma parte de una cadena de historiadores eclesiásticos vinculados a la Catedral de Toledo que han florecido en los últimos 100 años.

Llegado a este punto es obligado dejar constancia explícita de gratitud hacia todos los que han hecho posible que, por fin, después de numerosas dificultades que han retardado la aparición de *Creer y Entender*, vea la luz y se ponga al alcance de los interesados. Gracias, en primer lugar a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo por promover la iniciativa y saber reconocer la entrega, el trabajo y la dedicación de nuestro compañero hacia la Corporación desde 1970; gracias a la extensa nómina de autores que han colaborado con sus textos, donde no solo nos transmiten unos conocimientos históricos atractivos, sino también son un reflejo palmario de la alta estima que se tiene hacia el prota-

gonista del libro; gracias, finalmente a cuantos amigos del homenajeado han sufragado, de forma generosa y altruista, la financiación, dado que nuestra Corporación carente de recursos económicos le ha sido imposible aportar dinero alguno. Nuestra sincera gratitud a la Fundación Ignacio Larramendi, sensible una vez más al mecenazgo cultural, y a otros donantes, que han aportado una parte sustancial de los gastos y prefieren permanecer en el anonimato, por hacer posible la publicación de este libro, confeccionado desde el respeto, el cariño y la admiración hacia don Ramón Gonzálvez Ruiz.



Fotografía Pepe Castro